

Comentario al evangelio del jueves, 20 de junio de 2013

Al asunto de la oración se le ha dado muchas vueltas en la Iglesia. En el pasado y hoy ha habido siempre maestros de oración que han explicado en cursos y muchos libros el arte y la técnica para orar. Para muchos cristianos orar se convierte a veces en una empresa difícil y complicada. Que si me distraigo. Que si no sé meditar. Que si el tiempo se me hace larguísimo. Que cuánto tiempo tengo que dedicar a la oración. Algunos asimilan la oración a una especie de gasolinera. Al orar se supone que se cargan de energía para luego poder aguantar los vaivenes de la vida.

Jesús soluciona el problema de otra manera. Y hace de la oración una cuestión mucho más sencilla. No se trata de usar muchas palabras (casi por extensión podríamos decir que tampoco de estar muchas horas). Que no por hablar mucho nos van a hacer más caso. Dios ya sabe de nosotros más que nosotros mismos. Y tampoco se trata de pensar que todo nos lo va a hacer Dios y que la oración es una especie de cupón de compra de favores (más tiempo más cupones o puntos a nuestra disposición). Hay que recordar siempre que el gran don que Dios nos ha hecho ha sido la libertad y la capacidad de hacernos responsables de nuestras decisiones.

Todo esto se concreta en una oración muy sencilla: el padrenuestro. Apenas en unas pocas palabras y menos segundos y ya está dicho todo lo que hay que decir: reconocer a Dios como padre, pedirle que venga su reino, prometerle que vamos a perdonar y pedirle que nos libre del mal. Y no es necesario decir más.

Lo que es necesario es ponerlo en práctica. Hay que recordar que nuestra vida cristiana no se juega en las horas silenciosas de oración o de capilla sino en la calle, en el trabajo, en la relación, en la lucha por la justicia, en la construcción de la fraternidad, en la cercanía con los marginados. La gracia y el amor de Dios ya están con nosotros. Ya tenemos la cartilla rellena de puntos. Ya tenemos el perdón concedido. Basta con un momento para tomar conciencia de ello y luego... a la calle, a vivirlo. Porque la mejor alabanza que puede recibir Dios es el amor mutuo entre sus hijos. O, como decía san Ireneo ya en el siglo segundo, “la gloria de Dios consiste en que el hombre viva”.

Fernando Torres Pérez cmf